

¡Cállate, dragón malvado! No quiero tener más hijos contigo

V5

Capítulo 100: El protagonista predestinado.

Un viento gélido soplaba en lo alto de la Torre del Crepúsculo.

El Maestro de la Torre, Dimoshi, permanecía de pie, con las manos a la espalda, contemplando la ciudad celestial que había erigido durante años: la ciudad más próspera de la raza dragón.

En su día había acogido a innumerables refugiados de las Guerras Dragón y había contribuido notablemente a la expansión de la cultura dragón y al comercio de recursos dentro de su pueblo; el esplendor que había creado no tenía parangón en generaciones, ni siquiera en décadas o siglos.

Pero ahora aquella ciudad, antaño bulliciosa, hacía tiempo que había caído en un silencio sepulcral.

La luz de la luna brillaba en las calles desiertas, y un viento frío recorría los oscuros y silenciosos callejones. Solo su fundador permanecía junto a ella, decidido a quedarse hasta el final.

La mirada del Maestro de la Torre recorrió cada edificio y cada calle; cada centímetro de aquella tierra era obra suya. ¿Y quién sabía si todo aquello permanecería intacto después de la fatídica batalla? Pensando en ello, Dimoshi cerró lentamente los ojos, respiró hondo y exhaló despacio. “Es hora de terminar con esto”, murmuró.

No mucho después, el nítido sonido de tacones golpeando el suelo se oyó tras él. Dimoshi se giró y vio acercarse a una belleza de cabello azul, elegante y digna. “Princesa Claudia...”, dijo.

El Maestro arqueó una ceja, sorprendido por un instante, pero recobró la compostura en seguida. “No esperaba que la



princesa Claudia, desde las lejanas aguas de Atlántida, fuera la primera en venir a ayudar”.

“Mi padre me envió una carta el mes pasado advirtiéndome, así que últimamente he estado cerca de la Ciudad del Cielo. En cuanto vi su misiva, me apresuré a venir”, respondió Claudia, con las manos cruzadas sobre el pecho, y se acercó al borde de la azotea para contemplar la Ciudad del Cielo que se extendía a sus pies. “El edificio está desierto, Maestro de la Torre”, añadió con un pequeño reproche divertido, antes de volver la mirada hacia él. “¿Cuánto tardará en llegar Sombra?”

“Antes de medianoche”, contestó Dimoshi con voz grave. “Siento que eso que yace bajo la Ciudad del Cielo empieza a agitarse. ¿Ves las columnas de humo negro dispersas por la ciudad?” Al decirlo, señaló hacia abajo. Claudia miró donde él indicaba y, efectivamente, vio unas volutas de humo que surgían de grietas en el pavimento de las calles.



“Es señal de que el sello se está rompiendo. El poder caótico liberado por el Terror Definitivo es como sangre en el mar, y Sombra es como un tiburón sediento. Ya debería estar en camino a la Ciudad del Cielo”, explicó ella, luego añadió: “¿Lo han notificado ya?”

“El príncipe fue el primero en recibir el aviso”, dijo el Maestro, “pero no estoy seguro de que pueda llegar antes de que aparezca Sombra.”

Claudia parpadeó, dubitativa por un instante; Dimoshi advirtió ese pequeño gesto y la invitó a hablar sin reservas. Ella sonrió, suspiró y, en tono algo condescendiente, replicó: “Solo que... por lo que sé de ese idiota, sin duda llegará después de Sombra.”

El Maestro se mostró atónito. “¿Por qué dices eso?”

“Él... tiene esa pinta de protagonista predestinado. Siempre aparece cuando los demás más lo necesitan.”

Al escuchar a Claudia, Dimoshi pensó: “Si hasta la princesa mayor del Dragón Marino lo valora así, Leon debe ser mucho

más fuerte de lo que esperaba.” Claudia negó con la cabeza, restando importancia, y siguieron conversando en tono más ligero.

Horas más tarde, a medianoche, el enorme reloj en lo alto de la Torre del Crepúsculo dio la hora. El antiguo repique resonó por la ciudad, presagiando la gran entrada desde las sombras. Soplaron vientos fríos que cubrieron la luna y una aura gélida se dejó sentir en la distancia; su opresión era distinta a la de cualquier Rey Dragón conocido por Dimoshi o Claudia: más sombría, más negra, más insondable. Ambos intercambiaron una mirada.

“Ya viene”, dijo Dimoshi.

“Vaya... bastante rápido”, musitó Claudia.

Reuniendo en silencio su magia espacial, el Maestro observó las sombras lejanas. “Parece que nos tocará abrir fuego primero...” No acabó la frase cuando un silbido de aire resonó por la explanada y, en un instante, una fuerte explosión seguida de una ráfaga de viento los sacudió. Al alzar la vista, una sombra oscura había aparecido ante ellos a una velocidad casi imposible de percibir. La aparición tomó por sorpresa a los dos; nadie esperaba que el enemigo se manifestara tan pronto.



Ajustaron la postura y retrocedieron para ganar distancia. La sombra se deslizó en la estancia y aterrizó sin ruido. Claudia la observó: vestía una túnica negra con la capucha echada, y aquel aspecto coincidía con la descripción que habían oído de Leon. “Sombra...”, susurró.

Con esa palabra, Claudia lanzó una tromba marina con un gesto. Sombra no se inmutó. Al aproximarse la vorágine, de las sombras bajo sus pies surgió de pronto una barrera translúcida negra que la detuvo por completo.

Sombra, tras neutralizar el ataque de Claudia, no respondió enseguida. Lentamente levantó la mano desde debajo de su túnica, abrió la palma y la extendió hacia Dimoshi.

“Dimoshi, he venido a recuperar lo mío”, dijo con voz ronca y curtida que exudaba una presencia aterradora.

Y aquello que reclamaba no era otra cosa que el Terror Definitivo enterrado bajo la Ciudad del Cielo. Frente a un rival que ya había mostrado un poder aplastante, una gota de sudor frío resbaló por la frente del Maestro. Forzándose a mantener la calma, susurró: “¿Crees... que te lo daré?”

Sombra bajó la mano a la escucha, y respondió con frialdad: “Entonces tendré que matarte antes de tomar lo que es mío.” Al decir esto, el suelo bajo ellos empezó a temblar violentamente. Una fuerza inmensa brotó del cuerpo de Sombra y envolvió al Maestro y a Claudia en un segundo. No empleó técnica alguna: las ondas de su poder bastaron para arrasar de inmediato la mitad de la Torre del Crepúsculo.



¡Boom! La torre se partió por la mitad; astillas y una nube de polvo ascendieron. Dos figuras salieron proyectadas entre el humo y quedaron flotando en el aire. Dimoshi miró con el rostro serio cómo la Torre quedaba cubierta por polvo y fuego; no había tiempo para lamentaciones. Alzó la vista y vio a Sombra elevarse en el aire.

Dimoshi notó que aquella criatura no volaba con alas, sino que “flotaba”, como si fuera una marioneta sostenida por hilos, usando un modo totalmente antinatural de mantenerse suspendida.

“Este es mi último aviso. Dame eso...”, repitió Sombra, extendiendo la mano con tono autoritario, como si no admitiera negativa. “Dámela.”

Traducido por:

ᑕᐱᑯᑦ – RexScan